

de un pobre de pedir, lazarino, purulento, piojoso y manco nos contó sus adversidades y tormentos: sus dolores; sus miserias. Y como Paco Torres le dijera:

—Pero, para vivir así, más vale morirse.
El le contestó, furioso, grandioso en su furor:
—¿Morirme? ¡Nunca!

* * *

Y la última que vi a Rafael Salazar Alonso, fué en Badajoz. Hizo un viaje a esta capital siendo ya prohombre. Tal vez Gobernador Civil de Madrid; acaso Director General de Administración Local. El Gobernador Pacense era el gran poeta don José Carlos de Luna, biógrafo del Piyayo. Rafael Salazar se mostraba «bajo de forma». Yo no carecía tampoco de preocupaciones. Rafael decía:

—Tengo la persuasión de que la muerte me lleva de la mano a todas partes; siento hasta la sensación de la muerte. Entonces apoyo la cabeza sobre la mano derecha y digo a los que me acompañan:— Callad un momento que me voy a morir. Hasta que se me disipa la sensación.

* * *

¿Tanto luchar por vivir, y para qué? Para que cuando nos llegue la muerte el mundo continúe con sus dos movimientos; la civilización siga su ruta, los pájaros vuelvan a sus nidos, las plantas retoñen de nuevo, la vida siga la marcha y la naturaleza se encoja de hombros.

Un poeta español escribió:

Un pájaro que tuve, se me murió.
Una mujer que tuve, se me escapó.
Así son todos los que nos quieren.
Así son todos. Como estos dos.
Unos se escapan. Otros se mueren,
Y el mundo dice:—¡Vayan con Dios!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL



LA FUENTE ENAMORADA

A Julio Trenas.

Sobre tremenda sonería hidráulica
del pedregoso y rutilante río,
van creciendo mis ansias de albedrío
con elegante lentitud cromática.

Presidiendo la noche de la piedra,
peina melena de su yedra el puente,
mientras los pechos de acero de la Fuente
vierten luceros con rítmica cadencia.

¡Siempre novia, novia siempre,
Fuente Chiquita del Puente!
Siempre novia, novia y siempre
sin que se entere la gente.

Las aguas bajan con prisa
canción de sierra y estrellas;
canción convertida en risa
que se deshace sin huella.
Son las muchachas del agua,
jugando al corro de espuma,
entre pupitres de piedra
que su juventud perfuma.

Y las muchachas del agua
hablan, gritan y critican,
y estrellan sus cartapacios
contra canchales de luna.

La fuente sigue vertiendo
los luceros de la cita.

¡Siempre a su Puente queriendo
la heroica Fuente Chiquita!

¡Blanca sangre enamorada
del bravo y gallardo Puente!

¡Siempre novia, novia siempre
sin que se entere la gente!

¡Sólo el poeta, en secreto,
supo de tu amor ardiente!

¡Siempre novia, novia siempre,
Fuente Chiquita del Puente!

EMILIO GONZALEZ HERVAS



Solís Avila,

soberano maestro del
tipismo extremeño en la pintura.



OR dos veces hemos alabado —y muy justamente desde luego— a cierto pintor catalán, entusiasta de Trujillo, donde ha hecho dos magníficas Exposiciones. El Sr. Illa es un fino artista de la escuela de Lhote, y sus producciones eran, en efecto admirables y dignas del mayor encomio. Mas alguien me dijo que cómo no había escrito algo cuando la Exposición de Solís Avila, gran figura extremeña y positivo valor nacional. Yo francamente me excusé como pude y no me faltaba razón, pues llegué a Trujillo en el preciso momento en que se clausuraba su Exposición y se me mostró ya por puro compromiso, pudiendo dar una serena ojeada a sus cuadros. Me gustó mucho, pero no me fué posible tomar nota alguna y se me borraron rápidamente las especies de cada uno de los cuadros, y al no haber podido tampoco conocer personalmente al Sr. Solís Avila, no sentí, en verdad, la sugestión de escribir algo sobre su estilo.

Mas existía en mí un cierto deseo de conocer a este hombre popular en Trujillo, ya que nacido en Madroñera, la del buen vino, su pueblo dista exactamente de nuestra población unos catorce kilómetros y enclavados entre dos sierras, a la vez que se recuesta en el declive de la de arriba, limita por la de abajo con el arrabal todavía de Trujillo denominado Pago de San Clemente, magnífico nid de cigüeñas y paraje interesante de bellas quintas aristocráticas, positiva riqueza y solaz de nuestros hacendados. De sierra a sierra todo este término está poblado de viñedos con frutales, alternando con los olivares, y de vez en cuando aparecen buenos encinares con rollizos álamos, y hasta madroños, de donde provino la denominación de la villa. No faltan tampoco las huertas por donde se desliza tenuemente el río Magasca, que circunda Trujillo a lo lejos y nos evoca antigüedades ligures, si por toponímico hemos de juzgarlo. De hecho existen testimonios paleolíticos que en esta zona hacen creer en una población posterior de tipo céltico, pero ello no excluye la posibilidad de haber sido antes poblada —y es muy probable— por otras razas de las primitivas mediterráneas.

Pues bien: en este pueblo de Madroñera, floreciente y muy urbanizado, que cuenta con más de 6.000 habitantes, nació en 1898 Anto-